RUTH FERNÁNDEZ

COMO UN VIEJO LAGARTO

Amigo
cambia tu corazón en cedazos
para que no vengan luego los colores
de la muerte
y seas el hijo pródigo reiterado
sobre la tierra
el infante que se ahoga
por última vez entre pantanos.
Quizá te hable de horizontes cerrados
o de huérfanos que cundían
el polvo de los siglos.
Ahora sé que mi queja se extiende hasta ti
y te golpea.
Porque eres hombre relativo prehistórico
esgrimiendo un garrote entre tus brazos.

Y sin embargo aun así te amo
créeme te amo con mi voz más lúcida
una y otra vez aunque me abandones
pegado al desprecio de la iguana
-esa lunación sin ojos entre las rocas-
Piedra sobre piedra planetaria
es mi soledad
mientras sigo el juego de tus múltiples rostros
reclamando un estallido de tu cuerpo
y el paso de tus horas por mi vientre
ay, tan fugaz.

Ahora
cortada de mi canto
del lugar mismo donde nacieron mis ancianos
como ángeles vacíos que han sembrado el mundo
de un sueño fetal y silencioso
así estoy.
Por eso cargada paralizada en la nostalgia
quisiera hablar contigo
conversar sobre esos misterios rotundos
que nos enlazan a todos

y decirte algo muy simple:
¿No soy acaso hermana del sol
y tengo su vislumbre sobre mi frente?
¿Por qué lloro así mi pie sin tierra
donde no aparece jamás tu corazón?
¿y sí por el contrario el mío como un viejo
lagarto que se desliza desde antiguo
buscando el infinito?

No nos queda —creo que lo sabes-
ni la raíz áspera y menesterosa
de los expatriados
porque hemos sido enviados en un vuelo dudoso
a otear este gusto a tierra
a homologar el pacto
de ser únicamente pasajeros de un llanto dibujado.
Estoy
y estás también sobre esta arena
de metralla mientras llega la lejanía
entre un cielo abismal
y el calcáreo corazón de un hueso.
En la rotación de los mundos
somos apenas el resto perdido de una inicial
inseminada en el hueco de una virgen
pronta a prestarnos su tiempo mortal
su alta nube de galaxias y esmeraldas.

Vuelve pues tu cuello y mírame
estás como un insensato que tiembla
junto a su lámpara vacía
también vestido de un cuerpo que se pierde
en la pequeñez del átomo.
Tendré que recordarte igual
tu infinito desamparo en la silenciosa
espuma de estrellas que nos aplasta;
lívida relación de una muerte
la tuya propia la mía el olor del universo
la suma total que golpea las tinieblas
que enlaza las palabras y que te aqueja
noche a noche.
Y todo aquello que no veo que no vemos
pero que aspiramos como una señal de humo
en la eternidad.

Trae tu corazón triste de cenizas
y tíralo junto al mío.

ELLOS

Desde mi plexo solar
invoco a los augures
para no arrojar mis lágrimas
al vacío de las profanaciones.

Desde mi hombro derecho
y hasta mi hombro izquierdo
trazo los rituales de la luz
cuyos enigmas tiemblan
por debajo de mi calavera.

Y es que se desplazan todavía
los huesos de mis hermanos
de casa en casa de piedra en piedra
cuando por los intersticios de la noche
ruedan sus voces tumbadas de verde.
Cuando se detiene la respiración y el nacimiento
y ya no hay jardines para meditar.

Allí los invasores atraviesan lo sagrado
de la sangre
escarban en la urdimbre de sus caras
en el temblor de sus dedos.
Oh las náuseas y el arañazo de la muerte
en las gargantas. Todas las palabras sin bautismos
y los herrajes moribundos donde yace Túpac-Amáru
y duermen playas de siglos las escalinatas
de palomas enterradas en Machu-Pichu.

Ay esas tinieblas sin apelación
para los inocentes que abren sus barbas de tierra
y van a reunirse como roca de llanto
con las nueve lunas de sus antepasados.

Ahí están sus sables muertos sus
vagos líquidos desnudos y mi
propio cementerio arrodillado.
(El que husmea en los vapores de aquellas tristes
mujeres y sus silencios
de pirámide.)

¿Dónde están ahora sus nombres amados?
Ya no conocemos sus facciones sus olores
o sus rasgos
porque han sido borrados
junto con la saliva.
Puesto que no poseen cerbatanas ni curare
ni siquiera el rojo visor de tímpanos
que estalle entre sus ropas
para señalar a la Muerte.

Huáñoj caypi cútiy
Huáñoj caypi cútiy (Morirás si te quedas aquí)
Ay eckescka eckescka (ahogado ahogado)